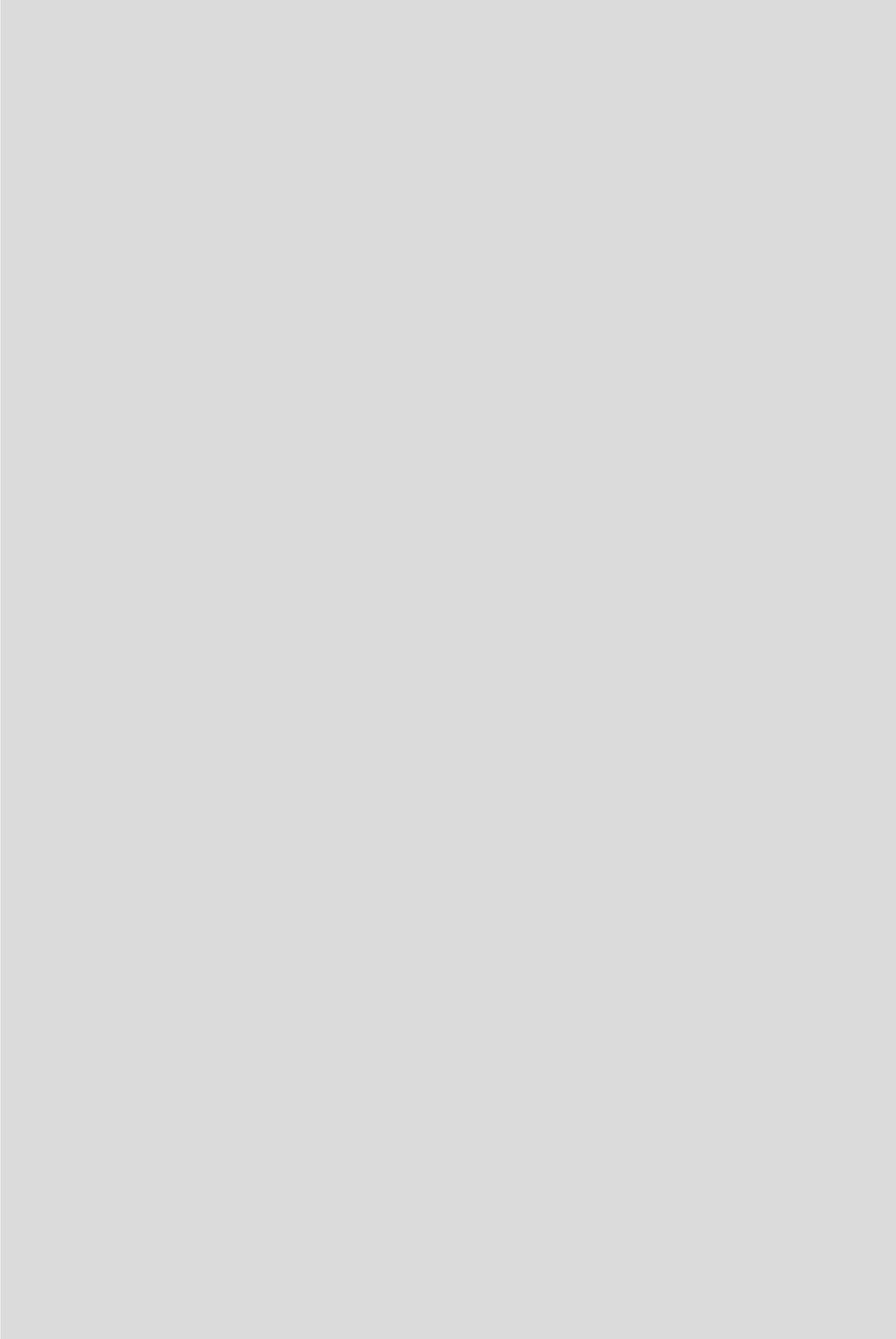


# El señor de las moscas

Luis Guallar



## Capítulo 1

La calamidad se abatió sobre la Tierra en forma de chatarra espacial. Nadie la vio caer, pero lo hizo envuelta en llamas, y levantó una gran bocanada de vapor cuando se sumergió en el mar. Se trataba, como se explicó más tarde en los medios, de una cápsula espacial; una cápsula de salvamento de la ISS-3, la nueva estación espacial puesta en órbita semanas antes. El *Lucero del Alba* se acercaba en aquellos instantes al lugar donde había caído; su casco oxidado se mecía con las olas bajas que rompían contra la embarcación, impregnando la cubierta del olor del mar. Hombres de piel tostada y manos callosas corrían por cubierta, oteaban el horizonte y realizaban sus tareas. Podían ver el objeto a estribor, una masa blanca y brillante flotando a la deriva como un cadáver hinchado. Salvador Alfaro, robusto capitán de ojos melancólicos y mentón poco afeitado, observaba, con la espalda recta, los movimientos espasmódicos de la grúa mal engrasada. No daba órdenes, ni lo necesitaba; el pequeño y calvo Pedro Ezcurra, su primer oficial desde hacía ocho años, interpretaba en su rostro de piedra hasta la mínima mueca, y gritaba sus órdenes en consecuencia. Los hombres, por su parte, se lo ponían fácil. Rudos pero honrados, cada uno de los tripulantes del *Lucero del Alba* era buen conocedor de su oficio y actuaba en consecuencia.

A un lado, sentado sobre una caja, el estadounidense Judah Wilkins supervisaba la operación mordiendo las uñas de forma compulsiva. De piel blanca, barba pelirroja y nariz ganchuda, Wilkins era una nota discordante en la caótica armonía del barco; era el cliente, no obstante, y quien paga es quien manda. Otros dos norteamericanos trataban, con poca maña, de ayudar a los marineros en las maniobras de rescate; pero Wilkins no daba órdenes. Únicamente esperaba. Siempre esperaba.

—Un poco más despacio —susurró Salvador, y el primer oficial repitió su orden a viva voz. Los engranajes de la grúa chirriaron, las cuerdas crujieron, y el barco se tambaleó. Tras unas pocas maniobras, la cápsula fue depositada en cubierta y amarrada con precisión.

—Será mejor que la abramos de prisa —comentó Ezcurra, cuando se acercaron a aquel extraño y pesado objeto cilíndrico, una imponente mole de casi seis metros de largo y dos de altura que había cruzado el espacio para sumergirse en las frías aguas del Atlántico. Salvador Alfaro dio un paso adelante y puso la mano sobre el metal, que ya se había enfriado. Acarició, despacio, su irregular superficie, y finalmente se fijó en la sección central.

—No será fácil —respondió el capitán—. Si eso de ahí es la escotilla, la cerradura se ha fundido en parte. Diles a los muchachos que traigan palancas.

—Eh, nada de palancas. No toquen nada —exclamó Wilkins con marcado acento norteamericano, al tiempo que se interponía entre la cápsula y los hombres. Salvador avanzó hacia él y le lanzó una severa mirada desde

arriba; le sacaba casi una cabeza.

—Disculpe, pero sólo queremos abrirlo.

—No, ni hablar. Su trabajo era recoger la cápsula y ya lo han hecho. Ahora la llevarán a tierra, a la costa argentina, donde nos espera nuestro equipo para llevarla de regreso a Estados Unidos. Ese fue el trato, y para eso les pagamos.

—Pero dentro hay gente —protestó Ezcurra—. Sus astronautas están dentro de ese trasto, ¿no?

—Señor Wilkins —trató de explicar Salvador con su voz sosegada pero autoritaria—. No pretendemos contrariar sus órdenes, pero entienda que nos preocupa el bienestar de todos los pasajeros del *Lucero del Alba*. Y, en estos instantes, los hombres que puede haber dentro de esa cápsula se encuentran bajo mi responsabilidad.

—Entonces le diré, capitán —respondió el norteamericano, moviendo la cabeza y remarcando cada sílaba de la última palabra— que le eximo de toda responsabilidad con el contenido de la cápsula. Pero ni se les ocurra abrirla.

Salvador asintió, despacio, clavando sus ojos claros en los de Wilkins. Este, por su parte, trató de aguantar su intensa mirada, pero finalmente desistió; gritó varias órdenes en un inglés incomprensible a sus hombres, y luego echó a andar en dirección al casillaje del barco. Antes de marcharse, sin embargo, se detuvo y volvió a dirigirse al capitán una vez más:

—Ah, y por si eso le tranquiliza —explicó—: ahí dentro no hay nadie. Se trata únicamente de una sonda.

El *Lucero del Alba* se removía entre el agitado oleaje, que durante las últimas horas había aumentado en altitud y virulencia. Los marineros amarraron mejor la cápsula, y luego marcharon a continuar con sus respectivas tareas. Uno de ellos, sin embargo, se quedó junto al objeto. Intrigado, Coletti imitó a su capitán, acariciando el frío e irregular metal con la palma de la mano. No terminaba de creerse la historia de la sonda; había escuchado las noticias y sabía que algo había ocurrido allí arriba. Sus dedos rozaron, casi con cariño, el metal fundido, tan suave, curvo y orgánico que resultaba sensual.

Coletti pegó la oreja contra la escotilla, y preguntó si había alguien ahí. Mientras tanto, en el puente de mando, los dedos temblorosos del primer oficial Ezcurra jugueteaban distraídamente con el viejo rosario que siempre colgaba de su cuello. Salvador, por su parte, bebía pequeños sorbos de un vaso lleno de whisky mientras contemplaba fascinado el oleaje; años de experiencia en el mar le habían enseñado a reconocer una tormenta cuando apenas asomaba el hocico, y sabía que aquello no iría a más. Un poco de lluvia, unas cuantas olas que tal vez retrasarían un poco el regreso a tierra, y poco más. La actitud de Wilkins y sus extrañas explicaciones, sin embargo, le tenían más preocupado.

—¿Te lo crees? —preguntó, sin apartarse de la ventana—. Porque yo no.

—Nunca me ha interesado el espacio —respondió el primer oficial—. Todo lo que ocurre allí arriba y no tiene relación con el Creador me resulta extraño y lejano. Pero en la radio hablan mucho del tema; de que se

perdió toda comunicación con la estación esa, y que los astronautas habían regresado en una cápsula de rescate.

Salvador asintió, sin responder, y bebió otro trago de whisky. Tal como había predicho, comenzaba a llover; gotas finas, perpendiculares, que caerían durante un buen rato y desaparecerían con la misma celeridad con la que habían llegado. Mientras tanto, los astronautas que hubiese dentro de la cápsula oirían el repicar de la lluvia a través del metal sin saber qué ocurría fuera; en aquel mismo instante se les podía estar terminando el oxígeno. O podían estar muertos.

—¿Quién es ese? —preguntó, señalando a la cubierta principal. Allí abajo, un hombre solitario permanecía en pie frente a la cápsula, de espaldas a ellos.

—Creo que es Coletti —señaló Ezcurra, que conocía bien a sus hombres—. Dios, creo que lleva una palanca.

—Rápido, ve a detenerle o nos meterá en un buen lío —ordenó el capitán. El primer oficial obedeció enseguida; salió de la estancia, bajó por las escaleras de metal y echó a correr por el pasadizo, ante la mirada atónita de un par de marineros, en dirección a la puerta que conducía a cubierta. Cruzó a trompicones, cegado por una lluvia que arreciaba por momentos; llegó al lugar donde habían visto a Coletti, pero el marinero se había marchado ya. La escotilla de la cápsula, por su parte, estaba doblada y ligeramente levantada allí donde habían aplicado la palanca.

—Maldita sea —murmuró Ezcurra, observando la negrura tras la escotilla entreabierta. Durante un instante, tuvo la certeza absoluta de que aquella oscuridad le devolvía la mirada, y aquella sola idea le hizo estremecer. Sin nada más que añadir, dio media vuelta y regresó por donde había venido, mientras luchaba por no resbalar y caer; cruzó la cubierta, y se internó en el pasadizo, dejando un vistoso rastro de agua a su paso. Vio, sin embargo, que ya había otro rastro igual que conducía un poco más allá de las escaleras. Lo siguió hasta llegar a una esquina poco iluminada que torcía a la derecha. Dándole la espalda, ligeramente encorvado, había alguien que aguardaba de cara a la pared.

»¿Coletti? —preguntó—. ¿Qué diablos haces?

El marinero no respondió. Permanecía completamente inmóvil, como si de una estatua se tratara. En la palma de la mano derecha tenía un amplio corte, que probablemente se había hecho al abrir la cápsula. Ezcurra se acercó un poco más, no muy seguro de lo que hacía, y repitió la pregunta. Coletti se giró, muy despacio; sus ojos se clavaron fijamente en el primer oficial, como si aquella mirada turbadora tuviera garras con las que anclarse.

—Tienes sangre, Coletti —murmuró Ezcurra, no muy seguro de qué decir.

—Me he cortado —respondió él, en un susurro cavernoso—. He visto su rostro, y no tiene.

Algo en su expresión, pensó el primer oficial, hacía pensar que el marinero no estaba allí, tras aquella intensa pero vacía mirada.

Salvador continuaba observando el oleaje, impassible. Un cuarto de hora más, veinte minutos a lo sumo, y el tiempo mejoraría. Entonces, regresar a tierra sería cuestión de media hora, y podrían desprenderse de aquella

suerte de sarcófago espacial. No le gustaba, decidió; no le hacía ninguna gracia llevar a bordo aquel artefacto que, por lo que él sabía, podía estar repleto de cadáveres. Pero las órdenes eran las que eran, y Wilkins quien las daba.

—Capitán, tenemos un problema —susurró Ezcurra, cuando entró—. Coletti ha abierto la cápsula.

—Lo imaginaba —respondió Salvador, con voz tranquila.

—Hay... algo más. Se trata del propio Coletti. Actúa de forma extraña.

—Todo a su momento. Ahora tenemos que hablar con Wilkins.

Con paso firme, Salvador abandonó el puente. Ezcurra le seguía, cabizbajo; sus dedos volvían a jugar con su rosario, aunque ni él mismo se daba cuenta. Ambos hombres descendieron por la estrecha escalera y se dirigieron al sector de los camarotes; cuando pasaron por la esquina donde Ezcurra había visto a Coletti, este ya no estaba allí. Excepto por el charco de agua, ligeramente rosada por algunas gotas de sangre, nada parecía indicar que el marinero se había detenido allí apenas unos minutos antes. Continuaron andando por lo que a Salvador siempre le había parecido un absurdo laberinto de hierro oxidado; a menudo añoraba aquellos tiempos en los que la brea y la madera eran lo único que se interponía entre el hombre y el mar. Finalmente llegaron a un pasadizo repleto de puertas metálicas, cada una con su pequeña ventana circular. Una de ellas permanecía abierta. Otro hombre estaba agazapado en el umbral. Sollozaba, en silencio, mientras se sujetaba un brazo donde tenía una herida; pero esta no era muy grande, y su reacción no era propia de un aguerrido marinero.

—Dios santo, Linares. ¿Qué haces ahí? —preguntó Salvador, pero en cuanto hubo formulado la pregunta tuvo el presentimiento de que no le iba a responder. El marinero alzó la cabeza, y sus ojos imperturbables se clavaron en él. La puerta de enfrente se abrió, entonces; Coletti, silencioso, asomó la cabeza, con sus ojos fijos en el capitán y en el primer oficial.

—Tengo un mal presentimiento —murmuró Ezcurra, al tiempo que se frotaba la frente con la mano. Salvador se limitó a asentir. Continuaron avanzando, sintiendo en el cogote las miradas inalterables y silentes de los dos marineros; unos metros más allá se detuvieron, y llamaron a una puerta que no tardó en abrirse.

—¿Qué quiere ahora, capitán? —preguntó la cabeza de Wilkins cuando asomó por el resquicio de la puerta, con el ceño fruncido y una mirada inquisitiva.

—Me temo que uno de mis hombres ha desobedecido las órdenes —trató de explicar Salvador—. Han abierto la cápsula.

—¿Qué dice? —exclamó Wilkins; a partir de ese momento, todo se desarrolló muy deprisa. El estadounidense desapareció un instante tras la puerta, y volvió a aparecer llevando una pistola. Golpeó la puerta contigua, comenzó a gritar órdenes a los otros dos norteamericanos, y luego enfiló el pasadizo a toda prisa, indicando a Salvador y a Ezcurra que le siguiesen.

»Idiotas —repetía una y otra vez, mientras sujetaba su arma en el

cinturón—. Os dije que no se podía abrir. ¡Os lo dije!

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó el capitán, resollando por la frenética carrera—. ¿Por qué lleva un arma? ¿Qué hay ahí dentro?

—Puede ser contagioso, maldita sea —fue la respuesta de Wilkins; las palabras se le atragantaban entre tanto jadeo, mientras subía las escaleras de dos en dos—. Hemos de detener el barco ahora mismo. Ezcurra trató de protestar, pero Salvador no dijo nada. Los tres hombres gritaron órdenes a diestro y siniestro, y corrieron hasta el puente de mando; de pronto, todo el barco era un hervidero de actividad. Transcurridos pocos minutos, el *Lucero del Alba* echaba anclas en medio de una creciente calma. Tal como había predicho Salvador, la tormenta amainaba por momentos. Junto a Wilkins, Ezcurra y los otros norteamericanos, cruzaba ahora la cubierta principal; inmóvil y ominosa, como si su sola presencia fuera capaz de abrirles una brecha en el alma, la cápsula espacial les aguardaba.

—Que nadie se acerque —ordenó Wilkins.

—¿De qué se trata? —preguntó el capitán—. ¿Alguna clase de virus? Wilkins negó con la cabeza y se acercó al artefacto, poco a poco. Casi se podía oír cómo todos los presentes contenían la respiración mientras el norteamericano, con suma precaución, alargaba la mano y abría del todo la escotilla; la luz difusa de un atardecer nublado se derramó en su interior, revelando un asiento vacío rodeado de incomprensibles aparatos. Tras unos pocos segundos, Wilkins volvió a cerrar, con rabia, aunque el rumor de las olas se llevó el ruido del golpe.

—¡No está! Maldita sea, ¡no está!

—Cálmese, Wilkins; explíquenos qué ocurre —dijo Salvador.

—Tenemos que encontrarlo, deprisa —Wilkins dijo unas cuantas palabras en inglés, y los otros dos norteamericanos echaron a correr al interior del barco—. Hay que devolverlo a la cápsula antes de que sea tarde, y sellar la escotilla como sea.

—¿De qué diablos habla?

—¡El astronauta! —exclamó, finalmente—. Hay que encontrar al astronauta, rápido. ¿Dónde está el marinero que abrió la cápsula?

—Estaba donde los camarotes —respondió Ezcurra, pensativo, y luego añadió—: se comportaba de un modo extraño...

—*My God*, tal vez sea tarde —dijo Wilkins, retrocediendo; sus ojos, muy abiertos, observaron a su alrededor con visible terror. Salvador y Ezcurra, contagiados por el nerviosismo del norteamericano, le imitaron; en cubierta había unos pocos marineros con aspecto de estar bastante desconcertados, probablemente por lo singular de la situación. O tal vez fuese otra cosa. En aquel ambiente enrarecido, y sumidos por un desasosiego causado por el desconocimiento, cada gesto, cada mirada, resultaba sospechoso.

Los tres hombres se abrieron paso a través de miradas perplejas. Wilkins murmuró algo relativo a los camarotes, y los otros dos entendieron que tal vez Coletti se había llevado allí al astronauta del que había hablado. Se adentraron de nuevo, pues, en las entrañas del casillaje del barco. Un marinero, sentado en los escalones que conducían al puente de mando,

les siguió con una mirada turbia. Conforme trotaban por los corredores del barco se cruzaron con dos hombres más; ambos les observaron de aquel mismo modo, casi sin pestañear.

—No me gusta —murmuraba Wilkins, cuando llegaron a la zona de los camarotes. Salvador le indicó cuál era el de Coletti, y el estadounidense entró tras prohibirles tajantemente que le siguieran; no tardó en aparecer de nuevo, negando febrilmente con la cabeza.

—Tampoco está —adivinó Ezcurra.

—Tenemos que pedir ayuda por radio —sugirió el capitán—. Volvamos al puente.

—Me gustaría enterarme de lo que está pasando, igualmente —insistió el primer oficial, mientras volvían sobre sus pasos. Wilkins, presuroso, no respondía, y Ezcurra apretó con fuerza los puños, reprimiendo las ganas de golpearle. Cuando llegaron a las escaleras vieron que ya no había nadie allí. De la cubierta principal, sin embargo, llegaba corriendo otro hombre.

—¡Capitán! —exclamó el marinero—. Algo raro les está ocurriendo a algunos hombres.

—Onetti, ¿qué ha pasado?

Pero el marinero no tuvo tiempo de contestar, porque un golpe seco y fuerte sonó entonces en su nuca, y cayó desplomado. Coletti se alzaba detrás; un metro noventa de fornido marinero, de mirada desquiciada, armado con una palanca de acero. Sus ojeras se marcaban, ennegrecidas, y su piel había adquirido un tinte gris enfermizo. Tras Coletti aparecieron otros dos hombres de gesto hosco, armados ambos con pesadas herramientas. Otro más asomó de una puerta cercana; en su mano llevaba un enorme cuchillo de cocina, manchado de lo que parecía sangre. Todos ellos, notó Salvador, tenían alguna herida reciente en el cuerpo, como si de algún tipo de prueba de iniciación se tratara.

—¿Es esto un motín, Coletti? —preguntó el capitán, con voz serena; los músculos de su cuerpo, sin embargo, estaban todos tensos. Coletti le miró fijamente; sus ojos eran pozos secos y vacíos. Su boca se abrió, muy despacio, en toda su negra amplitud; de su garganta no brotó palabra alguna, sino el ruido estridente de lo que parecía el zumbido de un millón de abejas.

—¡Es tarde! —exclamó Wilkins. Salvador lo empujó escaleras arriba; el primer oficial los seguía, presuroso, sin perder de vista a Coletti; este, no obstante, permanecía totalmente inmóvil.

No se sintieron seguros hasta que se encerraron en el puente y atrancaron la puerta; pero alguien se había anticipado a sus planes, porque la radio y otros instrumentos habían sido destrozados a conciencia.

—¡Maldita sea!

—Bien, creo que nos debe una explicación —dijo Salvador, dándole la espalda a Wilkins y mirando por la ventana; desde cubierta eran observados por un hombre.

—Qué importancia tienen ya las explicaciones —se lamentó Wilkins; aun así, continuó—: metimos la pata. La metimos hasta el fondo.

—Lo sabía —masculló Ezcurra, malhumorado; su calva brillaba por el sudor, y sus ojos por el miedo—. Ustedes lo sabían. No nos contrataron

para rescatar a nadie, sino para deshacerse de las pruebas.

Wilkins asintió, en silencio. Se sentó en el suelo, respiró hondo y comenzó a explicar:

—Íbamos a cambiar el mundo de la astronáutica, ¿saben? El hombre es débil; es propenso a enfermar, sucumbe ante el estrés y la ansiedad, y la ingravidez prolongada hace estragos en su cuerpo. Por eso creamos las *moscas*; así llamábamos a los nanobots biomecánicos que inyectamos a los astronautas seleccionados para ir a la ISS-3. Dijimos, a los medios y al mundo, que la estación contenía grandes avances que cambiarían el modo de enfocar los viajes al espacio, pero era mentira. El avance eran las *moscas*.

Wilkins se echó a reír, al tiempo que se le humedecían los ojos. Salvador escuchaba, pero no perdía de vista la cubierta; varios marineros de andares torpes, tez enfermiza y mirada perdida estaban amontonando cajas, sacos y otros bultos frente a la cápsula espacial.

—Lo llamamos Proyecto Belcebú —continuó explicando Wilkins, y Ezcurra se santiguó inconscientemente—. El señor de las moscas. Los nanobots estaban diseñados para recorrer todo el organismo huésped a través de su torrente sanguíneo, monitorizar y regular su estado de salud, reparar tejido dañado, y corregir dentro de sus posibilidades todo problema que encontraran. Así, los astronautas permanecían siempre saludables, y los efectos nocivos de la ingravidez quedarían enormemente paliados desde el interior de sus cuerpos. También tenían acceso a su cerebro, controlando así los niveles de ansiedad. Las *moscas* eran perfectas; unas diminutas obras maestras de la ingeniería. Incluso estaban diseñadas para que, en caso de que alguna fallara, las otras pudieran autorreplicarse, extrayendo ínfimas cantidades de hierro y otros elementos de la sangre del huésped si fuese necesario.

—Pero algo falló —adivinó Salvador, que continuaba atento a los progresos en cubierta. Los marineros habían terminado de amontonar cajas y sacos, y el resultado asemejaba un trono burdo e improvisado. Coletti apareció entonces; cargaba con un gran bulto blanco, que arrastraba por el suelo. El rostro del astronauta permanecía oculto tras el cristal ahumado de su casco; el traje, enorme y pesado, estaba rasgado en algunos puntos; sus pies colgaban de un modo extraño. Los demás marineros no lo perdían de vista, y cada vez eran más.

—Algo falló en su programación —admitió Wilkins, ajeno a lo que ocurría fuera—. No estamos seguros de lo que pasó, porque de pronto perdimos toda conexión con la estación y entonces lanzaron la cápsula. Creemos, sin embargo, que la autorreplicación pasó a ser la prioridad de las *moscas*. Lo que hoy hemos visto lo confirma; han comenzado a invadir a los marineros, pero no terminarán ahí. Como he dicho, pueden acceder a sus cerebros. Las *moscas* no son inteligentes, pero los hombres sí, y ellas pueden modificar sus motivaciones y prioridades: en otras palabras, utilizan la inteligencia humana a su favor, y ahora usarán a los marineros para extenderse a otros huéspedes, al tiempo que consumen sus cuerpos para replicarse. En pocas horas no quedará nadie vivo a bordo y, si no lo detenemos de algún modo y este barco llega a tierra...

—¿Cómo pasan de un cuerpo a otro? —preguntó el capitán, mientras veía cómo sentaban al astronauta en aquel trono improvisado; la cabeza se inclinaba hacia delante de forma incómoda, las manos colgaban flácidas a los lados, y una de las piernas se doblaba en un ángulo imposible.

—Su medio es la sangre y, aunque pueden volar, su autonomía es mínima fuera del organismo, así que buscarán siempre una vía de entrada al cuerpo en forma de herida abierta. Eso es lo que vuelve hostiles a los afectados.

—¿Podrían ser inhaladas?

—El aire no es su medio; aunque podrían ser arrastradas por el viento, en teoría no hay peligro de contagio por esa vía.

—En teoría...

—Belcebú es el señor de las moscas —murmuró Ezcurra—, pero también representa al pecado de la gula; de ahí su hambre, malditos necios. Ni con un millón de vidas aplacará su apetito insaciable.

Wilkins no respondió. En cubierta, dos marineros llevaban a rastras a uno de los norteamericanos, que trataba de zafarse sin éxito; en su cabeza tenía una fea brecha producida por algún golpe. Lo arrastraron frente al astronauta, y lo arrojaron a sus pies. El norteamericano se arrodilló, con la vista fija en aquel extraño ídolo a medio camino entre lo primitivo y lo tecnológico, y entonces quedó paralizado. Salvador no dijo nada mientras observaba la horrible escena, aunque muchos pensamientos sombríos cruzaron por su cabeza. Aquello no tenía freno; no podrían detenerlo si llegaban a tierra.

—¿Y ahora qué? —preguntó el primer oficial. Nadie respondió.

Las horas transcurrían lentamente, y el sol terminó por ocultarse tras un horizonte ahora más calmado. Sobre la cubierta principal, los marineros habían encendido linternas; situadas alrededor del astronauta, conferían a la escafandra una luminosidad etérea, artificial y plagada de dobles sombras, que causaba gran desasosiego. Los hombres se erguían a su alrededor con gesto solemne, aunque muchos continuaban vigilando el puente de mando; ya estaban todos allí, incluidos los dos estadounidenses. Salvador, Ezcurra y Wilkins eran los únicos a bordo que no habían sido afectados; pero estaban atrapados. Unas horas antes habían intentado salir, pero tuvieron que cerrar rápidamente la puerta cuando varios marineros se lanzaron escaleras arriba, armados con herramientas y emitiendo aquel desconcertante zumbido. Ahora, Wilkins y Ezcurra estaban sentados en el suelo, pero Salvador permanecía en pie, como siempre, impasible ante el más terrible de los temporales.

Continuaba al acecho, vigilando estrechamente a aquellos hombres que ya no parecían hombres, y que hacían lo propio con él; sus pieles se habían vuelto grises, malsanas, y sus rostros estaban ahora cruzados por vasos sanguíneos negros e hinchados que, a la escasa luz de las linternas, asemejaban profundas grietas. El hambre y el sueño acechaban.

Transcurridas varias horas desde el último intento de incursión al exterior, Ezcurra entreabrió de nuevo la puerta, asomándose ligeramente; cerró deprisa, no obstante, en informó que varios marineros hacían guardia. Wilkins, mientras tanto, dormitaba en un rincón, hecho un ovillo; el

primer oficial deseaba golpearle; golpearle una y otra vez, hacerle pagar por todo el daño que había causado, y finalmente matarle.

Dos horas después, Ezcurra también dormía. Salvador continuaba vigilando.

—Nos movemos —anunció al amanecer—. En algún momento han puesto el barco en marcha.

—¿Qué? No, no podemos —protestó Wilkins—. Haga algo, capitán. Deténgalo.

—No puedo hacer nada.

—¿Cómo que no? ¡Estamos en el puente de mando!

—Y sin hombres en la sala de máquinas ni en las cubiertas para arrojar las anclas puedo hacer tanto desde aquí como desde una letrina.

Wilkins maldijo en voz baja, y Ezcurra volvió a santiguarse. El barco, lentamente, se dirigía a tierra; si no hacían nada por evitarlo, las *moscas* se extenderían por la población. Salvador, no obstante, señaló algo en cubierta que le llamó la atención, y los dos hombres acudieron a mirar; aunque varios marineros continuaban aguardando, inmóviles, alrededor del astronauta, Coletti yacía en el suelo, muerto en apariencia. Su cuerpo era prácticamente irreconocible; estaba consumido de un modo terrible, como si hubiera sufrido una gran hambruna prolongada, y su piel parecía cuero viejo. Bajo su ropa, sin embargo, parecía producirse algún tipo de frenética actividad, porque el tejido se movía y burbujeaba sin cesar.

—Las moscas están acabando con ellos —explicó Wilkins—. Consumen su cuerpo para reproducirse con ansia; tal como dijo usted, señor Ezcurra.

—Belcebú siempre está hambriento —respondió el primer oficial, malhumorado.

—Todos irán muriendo, y entonces podremos recuperar el control del barco —dijo Salvador—. Aunque no sé si ocurrirá antes de llegar a tierra. Y aguardaron, porque no podían hacer nada más. Esperaron mientras los hombres, poco a poco, iban cayendo uno tras otro. Se desplomaban como muñecos de trapo, vacíos de vida y de sustento. Algunos quedaban inertes; otros se retorcían en su agonía final, e intentaban arrastrarse en dirección al ídolo que habían levantado, aquel astronauta sentado en su trono indigno. Todos, finalmente, dejaban de moverse.

—Muy bien, vayamos a la sala de máquinas y detengamos el barco —ordenó Wilkins.

—Será mejor que esperemos un poco más —sugirió el capitán—. Por seguridad.

—No hay tiempo. —Wilkins extendió una mano; en ella sujetaba la pistola que había cogido en su camarote.

—¿Qué diablos cree que hace? —preguntó el capitán.

—Lo que tenía que haber hecho desde el principio. Tomar el mando.

—Está bien, lo haremos a su modo. Pero aparte el arma.

Abrieron la puerta con sumo cuidado, milímetro a milímetro, procurando hacer el menor ruido posible. Los marineros que hacían guardia ya no estaban. Salieron, mirando a un lado y a otro, Salvador y Ezcurra, seguidos por Wilkins, arma en mano. Descendieron por las escaleras metálicas, atentos a cualquier movimiento, con la espalda siempre pegada

a la pared. Cuando llegaron abajo echaron un rápido vistazo en dirección al astronauta; este se alzaba, inmóvil y ominoso, sobre un trono rodeado de cadáveres. Su presencia les incomodaba enormemente, así que comenzaron a avanzar en la otra dirección, buscando un nuevo tramo de escaleras que les conduciría a la sala de máquinas. Pero nunca llegaron, porque los dos norteamericanos, de tez pálida y venas negras, aparecieron por una puerta lateral y se abalanzaron sobre ellos. Salvador logró agarrar a uno por las muñecas, interponiéndose así en el camino del otro, y gritó a sus compañeros para que escaparan; luego soltó un instante a aquel hombre, le golpeó con fuerza, y echó a correr él también. Otro marinero apareció entonces, y de pronto se vieron perseguidos por cubierta, desesperados. Salvador sabía que tenían que haber esperado más; tenían que haberse asegurado. Algo tronó a su espalda, de pronto, y una flor carmesí estalló en el pecho de uno de los norteamericanos. Wilkins disparó una y otra vez contra sus antiguos compañeros, pero estos no caían; se sacudían violentamente ante cada impacto, sí, pero luego reanudaban su implacable avance, aunque fuese a rastras. Las *moscas* no iban a permitir que unas simples balas impidieran su propósito.

Y entonces, un terrible rayo de dolor cruzó el hombro de Salvador; su equilibrio falló de pronto, y el suelo pareció precipitarse sobre él. Cuando apoyó las manos vio abundante sangre corriendo por una de ellas, y comprendió que Wilkins, desesperado como estaba, le había disparado la última bala. No podía culparle, sin embargo, porque entendía el motivo; se lo había dicho unas horas antes, en el puente.

Su medio es la sangre, y acuden a las heridas.

Todo el barco parecía dar vueltas; de pronto, todo cuanto acontecía a su alrededor le resultaba ajeno, como si él no fuese más que un mero espectador. Unas manos le agarraron por las axilas, y la herida emitió una punzada de dolor que se extendió por todo su torso. Sus pies ya no respondían, agotados como estaban. A un lado, Wilkins forcejeaba con un Ezcurra fuera de sí, que trataba de arrebatarle el arma descargada mientras le recriminaba lo que había hecho. En el último instante, sin embargo, el primer oficial pareció pensárselo mejor; miró a Salvador por última vez, con expresión de profunda culpa, y en lugar de intentar ayudarlo echó a correr, junto al otro hombre, en dirección a los botes salvavidas.

Los hombres dejaron caer al capitán frente al funesto astronauta, que se erguía ante él como un juez de la antigüedad que aguarda para impartir justicia. Su traje, que hasta ahora le había parecido rasgado en varios puntos, en realidad estaba desgastado, como si algo lo hubiera corroído violentamente. En el cristal ahumado del casco solo podía ver oscuridad y su propio rostro reflejado. Era un semblante desencajado por el dolor y la angustia, el rostro de alguien que sabe que ha perdido, y que su destino es peor que la muerte. Aquellos rasgos, de alguien que parecía burlarse de él, se desfiguraban por momentos; cada milímetro de su piel reflejada vibraba, burbujeaba y se movía de lugar. El zumbido de mil abejas resonó con fuerza en sus oídos, y Salvador comprendió entonces que el cristal del

casco no estaba ahumado; allí dentro ya no había un cuerpo humano, sino millones de aquellas cosas diminutas, que en aquel preciso instante estaban penetrando en su ser, a través de la herida de bala. Belcebú tenía hambre.

La mañana del 6 de abril, el *Lucero del Alba* se aproximaba a la costa, sin responder a las llamadas de radio. Cualquiera que lo hubiera visto habría pensado que se trataba de un buque fantasma; un trasto viejo y oxidado cuya cubierta estaba sembrada de cadáveres, y de un polvo fino que el viento arrastraba hacia la costa. Unos pocos hombres, hoscos y taciturnos, conducidos por un capitán silencioso, se preparaban para desembarcar. Volvían a casa, y querían ver a sus familias.